



Columna

Ricardo Celis,
exdiputado



Destruir La Araucanía: un futuro de oportunidades para todos

La Araucanía enfrenta desafíos profundos que afectan directamente la calidad de vida de sus habitantes. El desempleo y la pobreza, tanto en ingresos como en hogares, pesan especialmente sobre las comunidades rurales, donde también persiste la falta de servicios básicos esenciales. A esto se suman interminables listas de espera en salud y el incumplimiento de garantías como las GES.

El conflicto entre el Estado y el pueblo mapuche es una parte de nuestra historia, pero no puede ser la única narrativa.

grave crisis financiera y de gestión.

Sin embargo, no todo está perdido. En los últimos años, La Araucanía ha mostrado un crecimiento económico alentador, con un PIB regional que supera el promedio nacional. Pero este crecimiento no está beneficiando lo suficiente a la agricultura ni a la manufactura, actividades clave de nuestra identidad productiva. Entonces, ¿es este el destino inevitable de la región o tenemos las herramientas para cambiarlo? La respuesta es clara: podemos transformarla.

El cambio climático, aunque desafiante, abre nuevas puertas. Nuestra tierra es fértil para la fruticultura, como los be-

rries y las uvas, sectores con un enorme potencial para dinamizar la economía local. Además, el conocimiento y la innovación generados por nuestras universidades regionales pueden ser el motor de un cambio sostenible si logramos integrarlos de manera práctica en nuestra realidad productiva.

Hoy, más que nunca, debemos ampliar la conversación sobre La Araucanía. El conflicto entre el Estado y el pueblo mapuche es una parte de nuestra historia, pero no puede ser la única narrativa. Somos una región multicultural con un potencial único: ser el corazón de una producción limpia, orgánica y auténticamente campesina y mapuche.

Destruir La Araucanía significa poner en marcha una visión de desarrollo económico sustentable, que aproveche nuestra riqueza natural y valore nuestro capital humano. Significa avanzar hacia una región más competitiva, con mejores indicadores sociales, económicos y sanitarios. Pero, sobre todo, significa construir un futuro donde cada habitante sienta que su esfuerzo y su identidad forman parte de un proyecto compartido.

Es hora de apostar por el potencial de nuestra gente, de nuestra tierra y de nuestra diversidad cultural. Al hacerlo, no solo mejoraremos los números: cambiaremos vidas, devolveremos confianza y abriremos las puertas a una justicia social que beneficie a todos los rincones de nuestra región.

Destruir La Araucanía es construir oportunidades reales. ¿Te sumas al desafío?